

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Marco Antonio Murillo
ludovicoariosto@gmail.com

Poesía entre dos orillas

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 39, enero-marzo de 2017, pp. 79-80.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

miento de soledad que estaba tan presente en su juventud y que, a su vez, fungió como catapulta para que su escritura se convirtiera, formalmente, en una forma de vida, como se puede leer en el siguiente fragmento:

... Corrí sobre el vuelo cifra-
do del invierno
inventando otro sitio,
un lugar para la fiebre de la
playa,
un nuevo Paraíso que trajera
a cada vuelta renovada
el primer fuego y el segundo
por la sangre de la sangre,
la roja tristeza del poema
que hizo de nosotros
unos simples niños
bajo las cúpulas del tiempo.

porque la poesía transforma esas calamidades, a través de la palabra, en universos totales, en otras visiones y otros oficios.

Partiendo de pasajes como el citado anteriormente, se puede comprender el porqué de la poesía que escribe María Baranda. *Un hervidero de pájaros marinos* es un claro ejemplo de que aún es posible estar a la espera del paraíso y, mientras agonizamos en el intento, cantarle a este mundo en donde reina una desesperanza individual y colectiva, siendo las letras, las únicas que podrán salvarnos.

• **Silvia Lajud** es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas (UV). Docente de literatura, español y redacción; correctora de estilo; imparte cursos sobre literatura infantil. **LPyH**

NOTA

¹ María Baranda, "Cuando era niña pensaba que no había libros escritos para mí", *Letras Libres*, diciembre 2013. Consultado en abril de 2016 <http://www.letraslibres.com/revista/dossier/cuando-era-nina-pensaba-que-no-habia-libros-escritos-para-mi>

Poesía entre dos orillas

Poesía

Marco Antonio Murillo



Blanca Strepponi

Crónicas budistas, Caracas, Dcir, 2016, 48 pp.

La poesía no sólo es un arte capaz de encapsular momentos clave en la vida del poeta, también es espejo y espejismo del tiempo para sus lectores. La mejor poesía tiende a ser una buena crónica del presente histórico en el cual el escritor se sitúa. Una crónica, que es al mismo tiempo las dos caras de una moneda: por un lado, devela un yo poético muy particular, imbuido en el ámbito social y que opina activamente sobre su entorno. Por otro, una partitura (musical o de trama) que busca generar la atmósfera específica del momento histórico en que el poema fue concebido. *Mi padre el inmigrante* de Vicente Gerbasí es un buen ejemplo. Se parte de una particularidad (el padre del poeta), para retratar el fenómeno de la migración de europeos hacia Sudamérica en los primeros años del siglo xx.

Crónicas budistas de Blanca Strepponi es el cuarto y último libro editado por la poeta Edda Ar-

mas, bajo su sello Dcir Ediciones. La mencionada casa editorial ha resultado un verdadero bastión de resistencia en contra de las políticas sociales impuestas por el régimen chavista en Venezuela, pues no sólo mantiene fresca la literatura de su país, sino también evita que pierda su sentido crítico respecto a su contexto actual. Por ello, no dudo que al final de su existencia Dcir Ediciones llegue a ser una crónica viva de la literatura frente al chavismo. Además, sus políticas de publicación resultan democráticas, tanto para los lectores de poesía como para los autores. La casa publica dos poemarios al año, uno de un autor joven y el otro de un escritor con trayectoria. De esta forma, al mismo tiempo que la editorial se consagra, abre puertas a nuevas voces. Por su parte, Blanca Strepponi es ya una voz relevante en sus dos países de formación, Argentina y Venezuela. Desde 1988 ha publicado cinco volúmenes de poesía y dos de narrativa; de 1989 a 2005 participó en el Fondo Editorial Pequeña Venecia en Venezuela, que en su haber alcanzó 98 títulos de poesía publicados.

En *Crónicas budistas*, compuesto por 37 poemas, divididos en tres secciones, "Crónicas budistas", "Pensando en mi otra patria" y "Verano en el templo", Blanca Strepponi logra demostrar a su lector que una voz poética madura no necesita más que la sencillez del discurso para crear una atmósfera creíble y dejar patente su visión propia del mundo. Allí, en ese último punto, radica la esencia del libro: un trabajo fino de poesía situado entre dos espacios: lo oriental, la sobria belleza, la capacidad de contemplación y su lenguaje; lo occidental y sus problemáticas sociales.

En la primera y última secciones la poeta se dedica a ensayar, desde un punto de vista orienta-

lizado, ciertos temas que van desde la naturaleza, la muerte, hasta el amor por nuestras mascotas y las relaciones de amistad que establecemos con algunas personas. En estas dos secciones su poesía, a pesar de que tiene un tratamiento muy concreto en cuanto al tema en cuestión, genera una voz capaz de englobar a toda la raza humana. Cuando la poeta escribe: “Junto mis manos para orar sin palabras. Aceptación y silencio”, en realidad es la humanidad hablando. La humanidad que deja la vorágine tecnológica en la que se encuentra inmersa y regala al lector una pausa, un minuto de silencio, donde podemos contemplar nuestro alrededor, como si estuviese dotado de objetos y momentos sagrados. La contemplación, pues, es el país de la poeta de *Crónicas budistas*, el sitio de las palabras perennes, la poesía que es casa para quien la busca.

En noviembre el jacarandá
florece
y todo lo ilumina con un ex-
quisito color lila
tenue y delicado cubre las ace-
ras

Así caminamos sobre tapices
de lujo
y sonreímos casi sin darnos
cuenta
bendecidos por ese fugaz re-
galo

En la segunda sección la poeta echa un vistazo a las problemáticas sociales que ahora mismo se encuentran golpeando al pueblo venezolano. Para ella este país localizado físicamente entre Colombia, Brasil y Guyana, pero seguramente enraizado en sus recuerdos de juventud, ya no es su patria completamente, porque ahora “es el país con forma de mancha de sangre”. Precisamente esta segunda sección es la de me-

**Para ella este
país localizado
físicamente entre
Colombia, Brasil
y Guyana, pero
seguramente
enraizado en
sus recuerdos
de juventud, ya
no es su patria
completamente,
porque ahora “es
el país con forma
de mancha de
sangre”.**

yor hechura y momentos poéticos de todo el libro. Hacerla requirió una labor titánica que sólo la experiencia de años de trabajo con poesía y la asimilación de su contexto pueden lograr.

Los hombres que estuvieron
presos injustamente
han sido liberados y están
ahora reunidos en un bello
jardín

Envueltos por el aire amable
de una noche templada
se muestran educados y mun-
danos
no han perdido su encanto
pero la luz de sus ojos se ha
apagado

Cuando la poeta nombra esta otra realidad, dolorosa, le es inevitable colocarse en el margen de dos orillas: la de la contemplación y aquella otra violenta. Por ello dice: “Quise ser budista / pero no pude”. Hay en estos dos versos una poética consciente del

lugar que debe ocupar el poeta en la historia. Es como si dijera: quise entregarme completamente a la contemplación de las cosas por la poesía, pero no era lo que en estos tiempos me tocaba, la poesía debía ir más allá, escharbar los acontecimientos del presente.

Cada texto de *Crónicas budistas* se encuentra antecedido por una máxima a manera de reverencia, que tiene la función, más que de anunciar el tema del poema al que pertenece, de realizar un ejercicio de agradecimiento a la manera de “Otro poema de los dones” de Jorge Luis Borges. Por tanto, esta serie de reverencias, que en total suman 27, pueden ser perfectamente leídas una tras otra, formando así un poema autónomo, de largo aliento. Una oración sagrada, que dura la longitud del libro y cuya técnica estructural primaria es la repetición de las primeras cuatro palabras: “Hago una reverencia para sentir la felicidad y la paz de la mente a través del amor”. Reza una de ellas. Las reverencias también dan orden al poemario, nos hacen saber que las tres partes son un mismo corpus: naturaleza, historia, hombre, van en un mismo fluir de tiempo validado por la poesía, cronicado por ella.

El poema final es una doble muestra de la humildad que la mejor poesía es capaz de tener. La poeta cede su voz a su maestro Ho Jun Jang, quien habría sido su guía espiritual en su camino por el budismo, y que ahora, junto al lector, deja escuchar nuevamente sus enseñanzas: “He sentido el deseo de reencarnar en un cactus / Ser humano es muy difícil”. **LPyH**

• **Marco Antonio Murillo** tiene MFA en Creative Writing por la Universidad de Texas en El Paso. Becario en la Fundación para las Letras Mexicanas, en ensayo.